

Yacía yo en el suelo, como yacen las hojas secas y muertas en otoño,
con presencia de sueño y abundancia de insomnio,
el aire parecía plomo que pesaba en mi columna
y solo podía tragar el nudo que estaba atado a mi garganta.

Sentí una brisa marina, con olor a sal y seco como la arena,
que me susurró al oído, un canto de sirena.

Me dijo lo siguiente:

*Levanta,
que viene una tormenta
que asustará a Thor
el dios del trueno,
y te quedarás enterrado
en lo más profundo de la playa.*

O quizás solo dijo:

-¡Levanta! Es tarde, hace frío y mi madre me está llamando
- Espera a que me cabe la birra y haga unos calos,
que hoy es martes, y eso hay que celebrarlo.

Y después de esas palabras,
nos fuimos para casa, en la oscuridad de la noche,
la lumbre de las farolas, escuchando las olas
o quizás solo era un simple coche...

Llegué a mi nube, mi dulce nube de algodón,
o quizás era mi cama, con arrugas en el edredón.

Lo que sé es que yacía allí, como yacen las hojas verdes en primavera,
con presencia de una sonrisa y abundancia de felicidad,
las palabras de mi amigo me daban seguridad
y solo podía tragar el nudo de felicidad de mi garganta.

Sentí la voz de un amigo, que me protegía de la tormenta,
un buen amigo, de esos que se cuentan con los dedos.

Me dijo lo siguiente:

*Levanta,
ríe como te he visto reír
ríe hasta tal punto
que te envidie todo el olimpo,
dame la mano viejo amigo
que los amigos se cuentan con los dedos
y tu eres uno de esos cinco.*